

Ficha de lectura para "El malestar en la cultura" desde una perspectiva institucional.

Cermelo, Renata
Ibarra, Carolina
Larrea, Nicolás

Introducción

El siguiente escrito se propone hacer una lectura de los mal llamados “textos sociológicos” de Sigmund Freud, centrándose principalmente en el análisis de su trabajo “El malestar en la cultura”, publicado en 1930. Decimos “mal llamados” debido a que buscan una fundamentación psicológica a sucesos sociales.

Al momento de su escritura, se puede pensar a *un* Freud desencantado de las garantías sociales, en razón del desencadenamiento de la Primera Guerra Mundial, finalizada en 1918, y los efectos de la crisis económica de 1929 (La gran depresión) luego de los intensos avances técnicos de la II Revolución Industrial.

“El malestar en la cultura” fue escrito en 1929, publicado en 1930 y es posterior a otros textos en los que se analizan cuestiones culturales, a saber; “Totem y tabú” (1913), “Psicología de las masas y análisis del yo” (1921) y, contiguo a “El malestar en la cultura”, “El porvenir de una ilusión”, publicado en 1927. Posteriormente Freud escribirá la famosa carta a Albert Einstein titulada “¿Por qué la guerra?” (1933). En este sentido, el texto “Moisés y la religión monoteísta” (1937), será el último trabajo del fundador del psicoanálisis referido al tema.

El recorte seleccionado de “El malestar...” se debe principalmente a dos cuestiones: primero, debido a la extensión que implicaría realizar un análisis pormenorizado de este conjunto de textos, trabajo que excedería ampliamente los objetivos de este escrito. En segundo lugar, consideramos que dichos textos son, a grandes rasgos, solidarios entre sí y que “El malestar en la cultura”, aunque no es el último cronológicamente (de ese corpus temático), abarca de manera más ilustrativa los problemas que se le presentan al psicoanálisis a la hora de trazar puentes con otras disciplinas humanísticas. Por lo tanto, no será nuestro objetivo centrarnos en un análisis sociológico, sino rastrear los vectores de análisis ineludibles a la hora de realizar un abordaje del texto desde la perspectiva de la

psicología institucional psicoanalítica, con la advertencia de que allí escribió *un* Freud que muestra una novedosa visión por encima de su época sin dejar, al mismo tiempo, de ser parte de ella.

Para abordar dichos propósitos surge una primera dificultad que está vinculada con la modalidad de abordaje del texto. Partimos de la hipótesis de que una vuelta al Freud de los años treinta es imposible; las lecturas, recortes, discusiones, recorridos y transformaciones que se dieron con posterioridad al interior del psicoanálisis son ineludibles al momento de una vuelta a nuestro autor. En este sentido, ya no hay *un* Freud, sino lecturas.

Una de las posibles lecturas es considerar a *un* Freud funcionalista, descriptivo, que está intentando postular cómo son las relaciones humanas, o dónde se producen las normas. Si seguimos esta línea de pensamiento, se puede rastrear en este texto, según nuestra lectura, lo que entendemos actualmente como “peticiones de principios antropocéntricos, patriarcales, machistas y familiarizantes”.

Desde otra perspectiva, que consideramos más útil a nuestros intereses, nos encontramos con otro Freud que es llamado, junto con Marx y Nietzsche, uno de los “maestros de la sospecha”¹. De esta manera, se nos presentan al menos dos lecturas posibles: por un lado, *un* Freud familiarista y patriarcal y, por el otro, este otro Freud crítico de la familia y del patriarcado, en la medida en que entendamos que lo que está indagando es el reverso de esas mismas formaciones culturales. Encontramos allí, por lo tanto, una ambigüedad y una contradicción en las posibilidades que emergen de estas lecturas.

Ahora bien, en este texto nos proponemos relevar las coordenadas sobre las que entendemos que Freud ejerce la sospecha: Naturaleza, Cultura, Civilización, Instituciones e Individuo. Esta separación es con fines meramente didácticos, dado que hay una interrelación constante entre ellos y, por ende, uno no se puede explicar sin los otros.

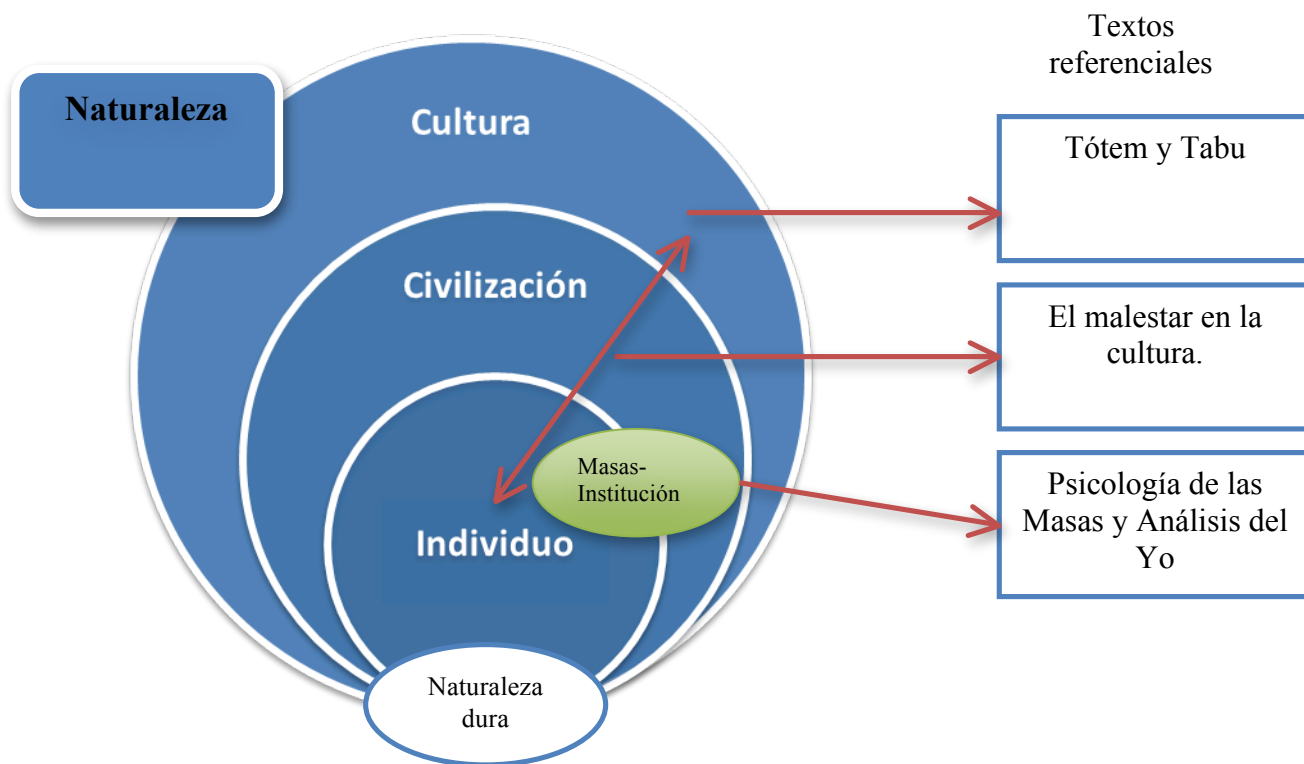
Desarrollo

“El malestar en la cultura” (1930) se sitúa dentro del viraje de la teorización sobre las pulsiones luego de “Más allá del principio del placer” (1920), habiéndose, de hecho, ya establecido la segunda tópica. Particularmente en este texto hay preguntas que siguen

¹Dicha denominación aparece por primera vez en el libro de Ricœur *Freud: una interpretación de la cultura* (1965). El autor refiere que “[la escuela de la sospecha] la dominan tres maestros: Marx, Nietzsche y Freud”.

sosteniendo el recorrido de Freud, que problematiza sobre qué es lo que genera que las personas se sostengan en una cultura (a pesar del malestar que ella les provoca), así como cuáles son las fuentes del psiquismo que posibilitan la permanencia del hombre en la cultura. Allí nos encontramos no sólo con un indicio para generar una solución frente a las “tres fuentes de sufrimiento”(FREUD, 2009: 15), sino también una cuestión pulsional que es el motor en su producción. Lo dicho genera sus efectos en la constitución subjetiva, en la neurosis como un producto del vivir en la cultura, y en los padecimientos particulares que somete cada época al sujeto.

Sobre estas cuestiones iremos haciendo el recorrido a través de los núcleos problemáticos más arriba mencionados, que a continuación son presentados en un gráfico en el que se ubican en una topología y se presentan articulados en sus relaciones:



Naturaleza

El término Naturaleza tiene para Freud dos vertientes: una exterior y otra interior. En primer lugar, la referencia a la Naturaleza en cuanto a ese mundo exterior, que “puede abatir sus furias sobre nosotros con fuerzas hiperpotentes, despiadadas, destructoras” (FREUD,

2009: 76). En segundo lugar, la naturaleza del hombre, es decir, la vertiente interior, como ese ser viviente que nace con una naturaleza salvaje y necesita domeñar sus pulsiones para la vida en comunidad. Aunque no hay una concepción unívoca del concepto de Naturaleza, consideramos que "lo que queda por afuera de la Cultura" sería una definición acertada.

Cultura

En oposición al concepto de Naturaleza, el autor plantea la Cultura como "toda la suma de operaciones y normas que distancian nuestra vida de la de nuestros antepasados animales, y que sirven a dos fines: la protección del ser humano frente a la naturaleza y la regulación de los vínculos recíprocos entre los hombres" (FREUD, 2009: 88). En este sentido, las normas sociales cumplen una doble función: por un lado, están vinculadas a dominar a la naturaleza del mundo exterior, pero aún así "nace la sospecha de que también tras esto [las normas sociales] podría esconderse un bloque de la naturaleza invencible; esta vez, de nuestra propia complejidad psíquica" (FREUD, 2009: 85). Asimismo, la otra función será la de controlar aquella Naturaleza humana que puja continuamente por romper las normas sociales.

El autor plantea que hay una coordenada exterior a la Cultura, que es posible un afuera, y que existen tiempos anteriores a ella, así como formas de familia primitivas referenciadas en "Tótem y Tabú"(1913). Esta coordenada en Freud es mítica y es condición necesaria para el surgimiento de la Cultura. El pasaje de la Naturaleza a la Cultura está marcado por la dominación mediante el trabajo. En este sentido, aquí entra la relación con el otro, ya sea como adversario o como colaborador, donde la forma más cercana de colaboración es la familia. Es por esta razón que la misma es condición para el surgimiento de la Cultura y, a su vez, obstáculo.

Civilización

En primera instancia, al hablar de Civilización, vale salvar una ambivalencia, una dificultad idiomática que se presenta a la hora de abordar este texto en particular, y el resto

de los textos en general. Dicho problema es que la palabra “Kultur” no puede ser traducida inequívocamente al castellano ya que admite, sin forzamientos, tanto la noción de Cultura en un sentido amplio, como una noción más cercana a la idea de Civilización, es decir una configuración cultural específica correspondiente a Occidente. Dicha ambigüedad dificulta la lectura del texto en relación a dónde (Civilización o Cultura) se ubica el malestar. Por lo cual, podemos pensar a la Civilización como un estado de la Cultura de la humanidad, que implica una organización, un lenguaje y sus formas institucionales particulares dependiendo de la época.

Es por esto que podemos decir que hay una ambigüedad entre la Cultura y la Civilización en Freud, donde por momentos la primera queda igualada a la Civilización y, por momentos, toma distancia. Un buen ejemplo de esto puede ser la identificación, por parte del autor, del uso del jabón como forma de medir el nivel cultural, dejando en evidencia que se trata de valores victorianos, claramente civilizatorios y no de regulaciones sociales universales que están por encima de sus formas particulares.

La idea de Cultura refiere, entonces, al conjunto de la sociabilidad: lo simbólico, los saberes, las normas y las prácticas sociales, entre otras cuestiones. En cambio, la Civilización logra un alcance referencial mucho menor y tiene como objeto la vida en la ciudad, lo que nosotros llamaríamos la Modernidad. Esta es una diferenciación terminológica fundamental porque, si el problema se ubica en la Cultura, y por ende es estructural, se podría comprender a la Civilización como una especie de especialización en el marco de la Cultura. Esto es importante porque una buena parte de las críticas de la vida contemporánea durante la primera mitad del siglo XX ubicó la dificultad en la Civilización, como si ella hubiera sometido al ser humano a una serie de presiones o mutilaciones que habrían causado su desesperanza, su malestar, e infelicidad. En cambio, al ubicar la dificultad como intrínseca a la Cultura, Freud está extendiendo el arco temporal en el que incide su noción de malestar, a la vez que polemiza con las concepciones que encuentran una dificultad en la Civilización, en la vida moderna. Siguiendo esta línea de pensamiento no se tratará, entonces, solamente de resolver dificultades privativas de la sociedad actual, ya que hay problemas que son mucho más profundos, que no se van a resolver neutralizando las dificultades específicas de nuestra época. Estos problemas son los constitutivos del pasaje de la Naturaleza a la Cultura. En resumidas cuentas, podemos plantear que el quehacer con las pulsiones está dentro de la Cultura, mientras que el *problema* de la Civilización es el problema de la neurosis. El hombre se vuelve neurótico por no poder soportar la frustración que la sociedad le impone en pos de

sus ideales civilizatorios. El malestar estructural es de la Cultura, no de la civilización, pero esto nos lleva a interrogarnos la lógica propia del modo en el que en determinado momento se inscribe el malestar en la civilización. La época impone nuevas maneras de decir el malestar.

Instituciones

Freud propone como rasgos de la Cultura el cuidado otorgado a las actividades psíquicas superiores y la regulación de los vínculos sociales. En este último punto nos interesa detenernos, porque es justamente ésta la función de las instituciones en la vida de los hombres. Retomando los planteamientos de Freud trabajados en el Capítulo I de “El malestar...”, podemos pensar cómo los límites borrosos del aparato psíquico del hombre hacia el exterior, esa búsqueda de “Ser uno con el todo”, que también lo llama el “*narcisismo irrestricto*” (FREUD, 2009: 8), son los que hacen posible esta relación de apuntalamiento con las instituciones. Freud postula que ya es cultural el intento de regular los vínculos sociales aglutinando a los individuos en comunidades cohesionadas, dotadas de poder legítimo: “Esta sustitución del poder del individuo por el de la comunidad es el paso cultural decisivo” (FREUD, 2009: 94).

El individuo pasa buena parte de su vida en el intento de defender su libertad individual, dadora de felicidad, manteniéndose en equilibrio con las exigencias de renuncia de la masa. Pero cómo se las ve el individuo con el ideal será modulado por la formas que toman las instituciones en cada época.

Individuo

Por último, se considera que si bien se utiliza la noción de Individuo, la misma en Freud está desde siempre problematizada: el Individuo siempre es dos, en razón de su barradura y división. Por lo tanto, hablar del término naturaleza en un individuo nos resulta muy controversial, porque si hay algo que no existe en el sujeto es lo natural. Ya lo introdujo Freud cuando buscaba separar la noción de instinto de pulsión. Sin entrar con mayor

profundidad en esta noción del psiquismo buscamos remarcar que la entrada al lenguaje, si se quiere desde una lectura más lacaniana, y por ende la pertenencia a la vida en la cultura, impide hablar de un sujeto natural, ya siempre se trata de un sujeto del lenguaje que no tiene retorno a ese lugar mítico del que se supone del que viene.

Hecha esta aclaración, y retomando lo dicho anteriormente, este texto de "El malestar..." (1930) es posterior a "Más allá del principio del placer" (1920), texto en el que Freud reconfigura la teoría de las pulsiones y las reordena en Pulsión de Vida y Pulsión de Muerte. Y también es posterior a la instauración de la segunda tópica, a través de la cual Freud formula al Ello como el reservorio de ambas pulsiones en el que, si bien puede haber una parte inconsciente, también le pertenece una parte consciente. Y de este reservorio el Yo se sirve de la libido, entre otras cosas, para pertenecer a una masa.

Esta reconfiguración de la teoría de las pulsiones en la teorización freudiana es muy importante, debido que le abre nuevas preguntas a su autor sobre el avatar pulsional del sujeto en la cultura. Esta pulsión agresiva supone un objeto, que puede ser un prójimo, al cual destruir, disolver, martirizar y humillar. Con lo cual, los sacrificios sexuales que el sujeto hace por vivir en la comunidad no son sólo los que le procuran malestar, sino que será también el sometimiento de su pulsión agresiva a las reglas de vivir en determinada comunidad.

Hasta aquí, bastaba la explicación de que la ganancia por el amor de otros justificaba la renuncia pulsional. Pero, con la introducción de la Pulsión de Muerte, es necesario pensar qué otra cosa gana el hombre en comunidad. Aquí Freud refiere que el "hombre culto ha cambiado un trozo de posibilidad de dicha por un trozo de seguridad" (FREUD, 2009: 112). "Un trozo de seguridad" que implica una protección mutua, con ciertas garantías, para limitar esa agresión.

Al final del aparato VI del texto en cuestión se plantea que el devenir cultural se encuentra en ese desarrollo de la vida que será aquella lucha entre Eros y Tánatos. Con lo cual, esta pulsión de destrucción es siempre, y a la vez, motor y obstáculo para la Cultura.

Ahora bien, estas maniobras que el sujeto puede hacer con su pulsión agresiva estarán muy vinculadas no sólo a su disposición neurótica en términos de posibilidad de generar ciertos mecanismos de defensa, sino también a aquello que en su Civilización se disponga como posibilidad.

Para nuestros intereses institucionalistas, queremos destacar dos cuestiones: por un lado, que este punto de la constitución psíquica del sujeto es solidaria con los planteos de

René Kaës, (1989) en el que se ubica como tercer fuente de sufrimiento a la configuración psíquica particular del sujeto, en razón de que es su neurosis la que le procura una fuente de malestar en determinadas organizaciones. Por otro lado, que hay una cuestión estructural de lo pulsional de los sujetos con lo que la cultura y sus instituciones se las tienen que ver constantemente. Esa ambigüedad no está nunca saldada y marca un constante movimiento de lo pulsional.

Conclusión

Los vectores que postulamos son las nociones en las que leemos ciertas cuestiones problemáticas sobre las cuales Freud ejerce una sospecha. El recorrido que hemos hecho, entonces, no es la descripción de un funcionamiento metapsicológico y social, sino que son lugares donde el autor señala las contradicciones en los pensables de la época. En este sentido “volver” a Freud, siempre implica un riesgo. Podemos rastrear en que medida tienen vigencia dichas contradicciones en la época actual, pero es necesario ser vigilante de las transformaciones, disoluciones y exacerbaciones que han tenido dichos vectores en el tiempo.

Teniendo en cuenta lo anterior, no proponemos entonces una vigencia a “modo de calco” de estas problemáticas, ya que muchas han tenido transformaciones radicales a partir de desarrollos y aportes desde diferentes campos del saber, como las teorías de género, la lingüística, avances de la antropología, el post-estructuralismo, etc. Aún así, las proponemos como un buen punto de partida para comenzar a desnaturalizar y problematizar las coordenadas conceptuales desde donde legitimamos nuestras prácticas.

La psicología institucional ineludiblemente se encuentra dialogando con las ciencias sociales en la necesidad de construir y delimitar su objeto de estudio. Es a partir de este diálogo que la configuración que presenten estos vectores de análisis en una época particular, sentarán las bases de las distintas modalidades de producción de subjetividad. El lugar de la Mujer, la Familia y la Religión, la locura la delincuencia, por nombrar algunos, no son los mismos en la actualidad, que en el momento en que los plantea Freud. Los tratamientos particulares que cada época de a cada uno de ellos dan cuenta de las regulaciones que se da en las instituciones y la materialización que se produce en las

organizaciones concretas. Es decir, cada época tomará un diálogo particular con estos puntos, de los cuales nosotros también somos hoy voceros.

Bibliografía

- FREUD, S. (1930) “El malestar en la cultura.” En *Obras completas*, vol. XXI. Buenos Aires: Amorrortu editores, 2009.
- KAES, R. (1989): “Realidad Psíquica y sufrimiento en las instituciones”, en Kaës et al. (Comps.)
- RICOEUR, P. (1965) “*Freud: una interpretación de la cultura*”. Bogotá: Siglo XXI editores. 1990.